

CAPÍTULO XCIV

Manuel del Palacio. — Federico Balart. — Núñez de Arce. — José Moreno Castelló. — Carlos Rubio. — José Alcalá Galiano. — Manuel de la Revilla. — Emilio Ferrari. — Manuel Reina. — Eulogio Florentino Sanz. — Mariano Gil y Sanz. — Manuel Fernández y González. — José J. Herrero. — Jaime Clark. — Angel R. Chaves. — Teodoro Llorente. — Emilia Pardo Bazán. — Augusto Ferrán. — Melchor de Palau.

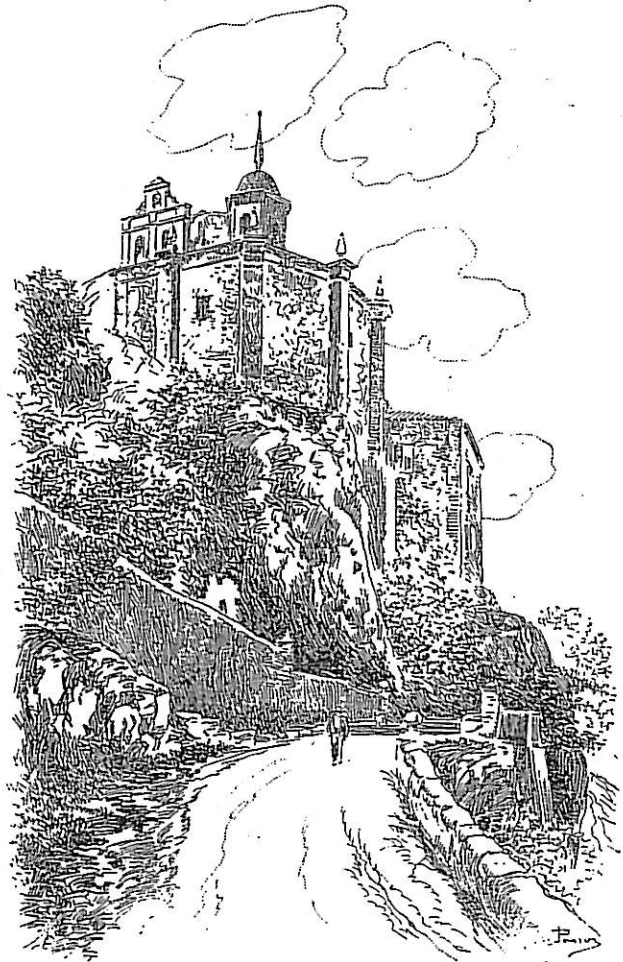
Tres maestros superiores en la lírica española se ofrecen á mi memoria al comenzar este capítulo; tres nombres inmortales que quedarán, como sus obras, para admiración de la posteridad. Compendian, por decirlo así, esos tres poetas, lo más selecto de la lírica nacional en los dos últimos decenios del siglo XIX.

Manuel del Palacio es uno de ellos; otro, don Federico Balart, y el tercero, don Gaspar Núñez de Arce.

En Lérida nació Palacio el 24 de Diciembre de 1832. Hasta el año 46 vivió en Soria, Valladolid y la Coruña. También estuvo algún tiempo en Granada, de donde vino ya definitivamente á la Corte con muchos jóvenes distinguidos, ansiosos de nombre y fortuna. Bien pronto se dió á notar Palacio por su espíritu satírico y gran facilidad para la versificación.

Comoperiodista batallador é ingenioso dejó notable crédito por sus trabajos democráticos en *La Discusión* y en el *Gil Blas*, publicaciones muy populares y de arraigo en la opinión.

De su crítica peculiar y burlona para satirizar hombres y cosas, han quedado dos libros notables en su género; sus fotografías caricaturescas *Cabezas y cala-*



SORIA — Ermita de San Saturio.

bazas y De Tetuán á Valencia, haciendo noche en Miraflores. En sus cuarenta años de escritor, pues murió en 1895, publicó inmensidad de poesías en todo género de metros y combinaciones, con visibles muestras de genial originalidad y destreza incomparable para la forma más adecuada y elegante.

El catedrático de la universidad central, don Antonio Sánchez Moguel, dice con mucha razón en una biografía del popular poeta que «Palacio pasa y pasará



Manuel del Palacio.

mucho tiempo para la generalidad solamente como poeta satírico: á ello ha contribuído sobremanera la celebridad que alcanzaron sus versos políticos». Más de treinta volúmenes ocuparían todas las obras de Palacio.

Valera dice que «su fama de chistoso le ha perjudicado harto injustamente, como poeta de mayor elevación y trascendencia». Añade que es grande la estimación que merecen sus *Leyendas y poemas*, cuyo estilo es más correcto y sobrio que el de las narraciones de Zorrilla, y «no cae nunca en el prosaísmo en que suelen caer los pequeños poemas de Campoamor».

El dominio del idioma que tenía Palacio era sorprendente. Hace notar el señor Valera que su maestría y facilidad en versificar, si bien se advierten en lo narrativo, como en la poética leyenda titulada *Imposible*,

todavía aparecen mejor y se adornan con más ricas galas en otros poemas que son descriptivos y líricos, como los *Vientos* y *La Primavera*; porque «es tanta la variedad de tonos con que canta la musa de Manuel del Palacio, que el lector vacila y no acierta á decidir cuál le suena mejor».

Y sobre la gran riqueza de inspiración que distinguía poderosamente á aquel esclarecido vate, nada se ha escrito tan cierto como el siguiente juicio, emitido por el crítico antes citado:

«La compendiosa y firme exactitud con que Manuel del Palacio expresa sus pensamientos le hace apto, como á pocos, para lo epigramático, debiendo entenderse aquí por epigrama lo que este vocablo significa en su más amplio sentido: composición poética breve en que, con precisión y agudeza, se expresa un solo pensamiento principal, aunque no siempre sea satírico ó festivo. En esta clase de composiciones, ya tristes, ya alegres, campea y triunfa el ingenio de este poeta. Así sus sonetos, sus chispas, sus coplas y sus breves madrigales, finas galanterías y delicados requiebros dedicados á las damas.»

En la hermosa composición á su hija María, escrita con los recuerdos de su alma, habla con amargura de las vicisitudes de su agitado vivir...

Aspirar á lo grande y ser pequeño,
 Amar la libertad y no gozarla,
 Tener tan sólo la razón por dueño
 Y al capricho del mundo encadenarla;
 Vivir sujeto al afrentoso lazo
 Que teje á veces la maldad triunfante,
 Y ver unidos en estrecho abrazo
 El odio ruin y la ambición gigante.

.

Verás con miedo, como yo con ira
 Tomar el vicio de virtud el nombre,
 Aplaudir la verdad á la mentira,

Hacer el hombre su escabel del hombre.
 Verás de amor cubiertos con el velo
 La torpe liviandad ó el vil amaño,
 Herencia del dolor, el desconsuelo,
 Herencia del placer, el desengaño.

Piensa que con la fe todo se allana,
 Que con la caridad todo se puede,
 Que hay flor que al huracán resiste ufana
 Y al blando soplo de la brisa cede.

Sentir, amar, creer; aquí se encierra
 Todo el secreto de la humana vida;
 Quien cumple esta misión sobre la tierra
 Puede esperar en calma su partida.

¡Que sublime inspiración destella en el siguiente soneto á Victor Hugo!

Con el siglo nació, y el siglo llena;
 Los genios le arrullaron en su cuna,
 Y esclava de su voz fué la tribuna,
 Y sus héroes asombro de la escena.
 Cuando su lira con amor resuena,
 Más dulce que su lira no hay ninguna;
 Cuando al poder maldice ó la fortuna

Cual desbordado mar ruge y atruena.
 Mártir y salvador, verdugo y reo,
 Diéronle, para honrar su ejecutoria,
 Tasso el laurel, la roca Prometeo:
 Y del carro triunfal de la victoria
 Cayó, tocando en tierra como Anteo
 Para alzarse inmortal... como su gloria!

Don Federico Balart. Antes de haber conseguido fama como poeta lírico este ilustre escritor, cuyo renombre como crítico artístico y literario era muy respetado, se leían sus artículos con deleitosa enseñanza por su castizo lenguaje y sobria erudición.

Había nacido el señor Balart en Pliego (Murcia) el año de 1831. Siendo muy joven vino á Madrid después del 50. En el periodismo demostró su talento, siendo desde entonces ocupación constante de sus aptitudes intelectuales, que eran de valiosos méritos.

En la *Democracia* y en el *Gil Blas* publicó notables artículos, y después de la Revolución del 68 defendió y profesó las ideas republicanas. Sus dudas acerca de los ulteriores destinos humanos no se disiparon nunca. La incredulidad seguía dominando en su ánimo.

Racionalista y deísta, no pudieron convencerle los esfuerzos de las personas devotas. La muerte de su esposa, sin embargo, operó una transformación espiritual en su vida. Recuperó la fe perdida y se efectuó artísticamente el prodigio de una gran inspiración poética. La pérdida de la amada compañera hirió su alma con avisos de más puro y ferviente amor del espíritu. Todos sus cariños á la mujer y á la consejera amorosa se reconcentraron para hacerle feliz en la presencia de Dios. ¡Sueños bizarros de la imaginación que tantas hermosuras han creado!...

Balart dice en su poesía *A media noche*:

Quizás serán delirios de mí locura,
 O fantasmas que engendra la noche obscura;
 Pero—cuando rendido tras larga vela
 En que al alma doliente nada consuela,

Derramando en mis sienes letal beleño,
 Mis párpados cansados entorna el sueño—
 Por las oscuras sombras, ó desvarío,
 Ó unas alas se agitan en torno mío.

En medio del letargo que me domina,
 Un rayo misterioso mi alma ilumina;
 Y, entre las vagas ondas del aire vano,
 Una visión distingo de rostro humano,
 Visión fascinadora que infunde al alma,
 Esperanza y consuelo, quietud y calma.
 Dulce expresión le prestan y aspecto santo
 Una cándida toca y un negro manto,
 Y su pálida frente leve rodea
 Una blanca aureola que centellea.
 Considera piadosa mi amargo duelo;
 Con la mano tendida me muestra el cielo;
 Y su voz, como brisa de primavera,
 Dulce y mansa me dice: «¡Sufrir y esperar!»
 Yo conozco el aliento de aquella boca;
 Yo conozco aquel manto y aquella toca,
Desde una triste noche que, delirando,

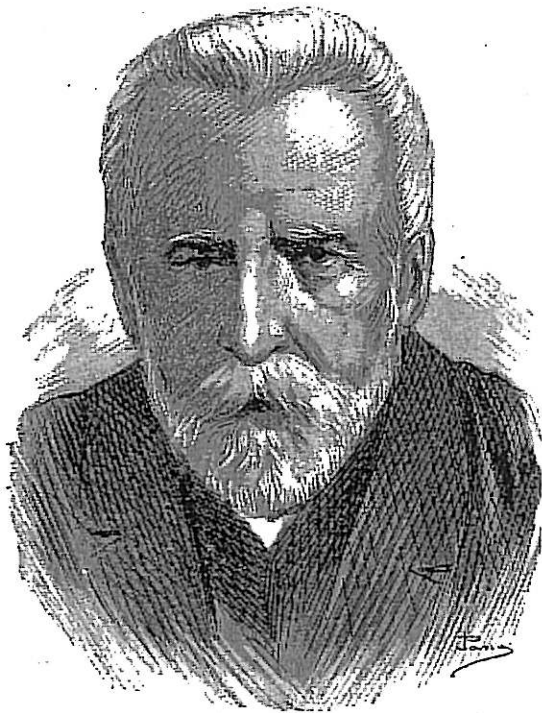
*A la luz de unos cirios pasé velando;
 ¡Triste noche! Solemne triste velada
 Que dejó el alma mía regenerada!*

Dulce voz que me alienta en mi agonía,
 ¡Ay de mí si cesaras de hablarme un día!
 Por tus santas palabras, que fiel venero,
 Resignado á mi suerte sufro y espero;
 Por tí, por tí la mano de Dios bendigo,
 Que imparcial nos reparte premio y castigo;
 Por tí me postro humilde bajo esa mano;
 Por tí soy religioso, por tí cristiano,
 Dios que sabe la historia de mi tormento,
 Por tí en mis amarguras me infunde aliento.
 Dulce voz misteriosa que tanto alcanzas,
 Dulce voz que reanimas mis esperanzas,
 Nunca niegues tus ecos al alma mía;
 Que ¡ay de mí si cesaras de hablarme un día!

En aquel fatal decaimiento, sumido el ánimo de Balart, desvanecidas todas sus ilusorias esperanzas, apoderóse de él el abatimiento. Entonces fué cuando, pesimista de todo lo humano, optimista de todo lo divino, llegó á decir:

¡Llegó al fin lo que el alma dolorida
 Me daba por presagio!
 ¡Milésima ilusión desvanecida!
 ¡Milésimo naufragio!
 ¡Cansado estoy del mar y de los vientos!
 ¡Cansado de mí mismo!
 ¡Ya, en mí, cuanto descubro no provoca

Ni un temor ni un deseo!
 Sólo siento subirme á la boca
 La náusea del mareo.
 Ni un recelo cobarde me da guerra,
 Ni una ambición me anima:
 ¡Tierra, Señor, te pido! ¡Tierra, tierra!...
 ¡Pero échamela encima!



Federico Balart.

Valera dice que «la renacida fe del poeta difunde claridad y presta brío y calor á sus versos, así en *Dolores* como en otro libro que dió á la estampa con el título de *Horizontes*... Disipadas las nieblas de la duda, las consoladoras creencias iluminan sus escritos, y son afirmadas sin vacilación y con energía... Así, hay en *Horizontes* bellos é inspirados elogios al progreso de las ciencias y á la vencedora civilización de los pueblos europeos y católicos, y hay también vivas muestras de ardiente patriotismo y serena confianza en un porvenir de nuestra nación y de nuestra raza menos sombrío que lo presente».

El señor Balart, que murió en 1905, ha dejado también justo renombre como crítico.

Por lo que tiene de analogía con lo sucedido á Balart, diré algo de lo que pasó á otro poeta muy estimado de Jaén, catedrático

tico de aquel Instituto, y tan entrañable y amoroso consorte, que no tuvo su pena posible consuelo después de la muerte de la idolatrada esposa.

Doña María del Dulcnombre García y Anguita, que así se llamaba aquella virtuosa señora, había fallecido el 25 de Agosto de 1893. Su esposo, don José Moreno Castelló, en un libro titulado *Versos y Lágrimas*, tributó á su buena memoria homenaje de su gran cariño. Era el autor poeta de indudable exquisito gusto, como lo demostraron infinitos versos. De modo, que su obra contiene hermosos rasgos de su manifestación estética, en que predominaban el sentimiento y el dolor.

De lo que dice Moreno Castelló en la dedicatoria del libro, copiamos las siguientes palabras:

«25 años menos 10 días ha durado el vínculo que sólo la muerte podía romper. ¡Ay! Aprendí en ese tiempo que á Dios plugo adornarte de tantas y tan raras prendas, de tan clara inteligencia, de tan sensible corazón, de tal finura de sentimientos, de tan generosos propósitos, de tal amor al bien y á la virtud, que no vacilo en creer que Dios puso en ti á mi lado modelo acabado que imitar y guía peritísimo que admirar y seguir. Cuantos te conocieron, te amaron; toda necesidad fué por ti amorosamente socorrida; no hubo desdicha ajena que no fuese por ti llorada, dolor que no fuese consolado ni desgracia que no despertase en tu seno la más profunda compasión... Adiós, compañera de mi alma, inspiradora de mis versos, aliento de mis empresas, término dulcísimo de todas mis aspiraciones.»

Se agostó la florida primavera
Que llenaba el ambiente con su aroma;
Helado invierno al corazón espera
Y ya su nieve en mi cabeza asoma.
Sin tu ayuda y calor, mi compañera,
Y sin tu dulce arrullo, mi paloma,
Pisa mi planta un árido desierto;
Cuanto mi encanto fué, contigo ha muerto.

Yo quisiera tener la voz potente
De algún genio inmortal; quisiera darte
Todo lo grande que mi pecho siente,
En formas bellas que me niega el arte.
Yo quisiera estampar eternamente
Tu bondad y tu amor; y que al cantarte
Hoy que mi labio tu valer pregona,
Fueran mis versos tu mejor corona!

PARA SIEMPRE

¿Dónde fué mi alegría,
Dónde el encanto de las dulces horas
Que, en no lejano día
Me dejaron, traidoras,
Siendo de éste mi llanto precursoras?

¿Por qué al romper el lazo,
Que sólo Dios con su poder desata,
No hizo su fuerte brazo
Que el corazón no lata,
Ya que el dolor al corazón no mata?

¿Dónde tu grato acento,
Que sonaba cual música en mi oído
Y el palpitar violento
De aquel tierno latido
Del noble corazón, de amor rendido?

Para siempre he perdido
A la que aliento de mi vida era,
A la que nunca olvido,
La amada compañera
Que al triste esposo solitario, espera.

¿Dónde fué la ventura
Que, cual dicha mayor, nos diera el cielo,
Cuyo recuerdo dura,
Juntándose al anhelo
De este dolor eterno y sin consuelo?

Para siempre en el mundo
Llevaré palpitante su memoria
Con este amor profundo,
Que recuerda una historia
De ya pasada, venturosa gloria.

Para siempre gozando
Dicha más que soñada, presentida,
Y yo aquí suspirando
Por mi lenta partida
Hacia el Bien que ella goza sin medida.

Por siempre huyó la calma
Del pobre corazón, cuyo latido
Es torcedor del alma;
Y repite un gemido:
«Para siempre mi bien, está perdido.»

Es magnífico el soneto que titula

LA REDENCIÓN DEL DOLOR

Cansado de luchar, vivo el anhelo
Que cuenta este latir agonizante
Del corazón, herido en el instante
En que, al morir mi dicha, nació el duelo;...
Encerrado en el alma este desvelo
Que en batalla tenaz, dura y constante,
Jamás alcanza su poder gigante

La disputada palma del consuelo;
Entiendo al fin que es vana la porfía,
Y que este sello que el martirio imprime
Alienta y engrandece el alma mía.
Y aunque herido de muerte el pecho gime,
Ama mi voluntad esta agonía:
EL DOLOR QUE SE ACEPTA AL FIN REDIME.

Don Gaspar Núñez de Arce. No hubo nombre tan famoso y bien merecido como el de este fecundo y grandioso poeta nacional en el último tercio del siglo XIX. Quintana, en los comienzos, llenó con su gloria á España y se identificó con el triunfo de patrióticos ideales.

Núñez de Arce, como aquel gigante de la inspiración, ha enaltecido á su patria, también al concluir la centuria, con su soberana labor artística, dejando en los postreros trabajos suyos legados inmortales de belleza y de espléndida perfección.

Núñez de Arce nació en Valladolid en 1834; murió en Madrid en 1903. Fué periodista; escribió y luchó mucho y desempeñó cargos públicos de importancia, llegando á ser ministro liberal.

Aunque preparó obras para el teatro, algunas en colaboración con el insigne poeta Hurtado, su composición más genuína y notable es *El Haz de leña*.

Su gran fama consiste, sin embargo, en sus monumentales poesías filosóficas y sociales.

«El amor de la patria, el anhelo de libertad y de progreso para el humano linaje y la aspiración constante á la verdad, á la hermosura y al bien infinitos, son—en sentir de D. Juan Valera—el perenne é inexhausto venero donde recoge este poeta el licor delicioso y salubre con que deleita y conforta las almas, ofreciéndole en aurea copa, que su rica imaginación y su arte esmerado forjan y esmaltan.»

«La duda y el temor, dice también, que asaltan á menudo al poeta, acaban siempre por disiparse, ó más bien se convierten en afirmación y en esperanza. En ninguna de sus obras brilla más esta esperanza, y aparece esta afirmación más segura é inquebrantable, que en los últimos versos que ha dado á la estampa con el título de *Sursum Corda*.»

Esta asombrosa composición, aliento consolador á la patria vencida y postrada, que dedicó Núñez de Arce á su ilustre amigo el poeta Manuel Reina, es, en efecto, de seducción tan grande, que puede competir en magnificencia con la mejor de las producciones que se haya escrito en castellano.

¡Qué belleza y qué alteza de pensamientos en toda la labor!

En estas horas
De febril inquietud, ¿quién, Patria mía,
Merece como tú la pobre ofrenda
De mi respeto y de mi amor? Postrada
En los escombros de tu antigua gloria,
La negra adversidad, con férrea mano,
Comprime los latidos de tu pecho
Y el aire que respiras envenena.
Como tigre feroz clavó sus garras
La catástrofe en ti, y en tus heridas
Entrañas sacia su voraz instinto.
¿Quién, al mirar tus lástimas, no llora?
¿Puede haber hombre tan perverso y duro,
Ni aun concebido en crapulosa orgía
Por hembra impura, que impasible vea
Morir sin fe, desesperado y solo
Al dulce bien que te llevó en su seno?
¡No existe, no!

*Perdona si movido
Por la ciega pasión, allá en lejanos
Y borrascosos días, cuando airada
Mi voz coma fatídico anatema
Tronó en la tempestad, quizás injusto
Contigo pude ser. Pero hoy que sufres,
Hoy que Job de la Historia, te retuerces
En tu lecho de angustia, arrepentido
Y llena el alma de mortal congoja,
Acudo ansioso á consolar tus penas,
A combatir con los inmundos buitres,
Ávidos del festín, que en torno giran
De tu ulcerado cuerpo, y si lo mandas
¡Oh, noble mártir! á morir contigo.*

*Pero, ¿quién habla de morir? Acaso
No eres Patria inmortal? Tendrás eclipses*

*Como los tiene el sol. Sombras tenaces,
Cual hiperbórea noche larga y fría,
Sobre ti pesarán, mientras no llegue
Tu santa redención. ¡Hora dichosa
En que verás con júbilo y ternura
Nacer el alba, el tenebroso espacio
Inundarse de luz, la tierra encinta
Estremecerse en éxtasis materno,
De armonías, aromas y colores
Poblarse el aire, y palpitar en todo
La plenitud eterna de la vida!*

*¡Ten esperanza y fe! Descubridora
De mundos, madre de indomada prole,
Tú no puedes morir, ¡Dios no lo quiere!
Aún tienes que cumplir grandes destinos.
Busca en el seno de la paz bendita
Reparador descanso, hasta que cobren
Tus músculos salud, y en cuanto sientas
El hervor de tu sangre renovada,
Ponte en pie, sacudiendo tu marasmo,
Que como losa del sepulcro, oprime
Tu enferma voluntad. Surge del fondo
De tu aislamiento secular, y marcha
Con paso firme y corazón resuelto
Sin mirar hacia atrás, siempre adelante.
Sean la escuela y el taller y el surco
Los solos campos de batalla en donde
Tu razón y tus fuerzas ejercistes.
Entra en las lides del trabajo y vence,
Que entonces de laureles coronada,
Más fecunda, más próspera y más grande,
Seguirás, fulgurando, tu camino
Por los arcos triunfales de la Historia.*

La introducción del *Sursum Corda*, como todo este canto de esperanza y fortaleza sublime á la España desventurada, hace sentir y pensar mucho. Las cuestiones más importantes se examinan con amplio criterio filosófico, embellecido con ricas perfecciones artísticas. Que lo caduco desaparezca. Que deje de existir lo innecesario. Que sea respetada y seguida la ciencia. Que la humanidad se mejore y perfeccione hasta su total redención. Mucho se ignora. De mucho se duda y se dudará todavía. Trabajemos. Elevemos los corazones. Seamos justos, amantes de la verdad, buenos, humanitarios.

¡Nadie en estéril ocio se consuma!
Para que fructifique la simiente,
Abramos con la reja y con la pluma
Los surcos de la tierra y de la mente,
Pues cuando á la labor que nos señala
Hora por hora el cielo, damos cima,
Subimos un peldaño de la escala
Que á la ciudad de Dios nos aproxima.
Y si del pedernal que es infecundo
Saca el golpe de luz, ¿no alcanzaremos

Con esfuerzos constantes y supremos
La prometida redención del mundo?
Todo trabajo es oración. Oremos.

.....
No faltarán á tus continuas preces
Templo ni altar. Horribles tempestades
Asolarán quizás como otras veces
Campos y monumentos y ciudades.
Podrán caer las regiones todas
Del tiempo en la rugiente catarata

Y los claustros, mezquitas y pagodas
 Hundirse como esquiife que arrebatá
 Deshecho temporal hacia el abismo.
Pero aun cuando el tremendo cataclismo
La superficie del planeta arrase,
Entregado á sus iras sin defensa,

No hará temblar la inconvivable base
De la admirable catedral inmensa,
Como el espacio transparente y clara,
Que tiene por sostén el hondo anhelo
De las conciencias, la piedad por ara
Y por nave la bóveda del cielo.

Núñez de Arce gozó de la inmortalidad aun viviendo. Su nombradía fué siempre extraordinaria. Y el número de admiradores, lo mismo en España que en toda la América latina, igual si no superior á los poetas de más fama. Nadie habló como él con tanta gallardía de forma y magnificencia de ideas. Fué Núñez de Arce el feliz creador de *El vértigo*, *la Selva oscura*, *la Última lamentación de Lord Byron*, *La Visión de Fray Martín*, y *Sursum Corda*, el poeta más universal y filosófico que tuvimos en el siglo XIX. Con justa razón se le llamaba príncipe de nuestros líricos.

Aunque ningún vate anterior ó posterior á Núñez de Arce puede ser con él comparado, hemos de nombrar algunos todavía, ya por haberlos realizado de entre la muchedumbre de los llamados el dictamen de los escogidos, ya también por haber sido partidarios y felices continuadores de las enseñanzas estéticas del inmortal maestro.

Hablaré, en primer lugar, de un espíritu recto y admirador del progreso humano y del engrandecimiento de su patria, á la que amó con delirio y dejó enaltecida con su prodigioso talento. Eralo Carlos Rubio, tan castizo escritor histórico como poeta de genial y espléndido estro, á quien la llamada crítica reaccionaria trata de empequeñecer y rebajar con miserables injustas intemperancias.

El fraile agustino don Francisco Blanco García, sin dar la importancia debida al ilustre escritor, le ha dedicado, entre otras poco piadosas consideraciones, las que siguen:

«Fué compañero (de Núñez de Arce) en la prensa y fogoso progresista Carlos Rubio, alma de fuego, á quien las vicisitudes de una vida azarosa *impidieron depurar su gusto, tocado de hinchazón y propenso á las exageraciones. Bien se conoce en todo lo que de él conservamos, tanto en su olvidado drama RIENZI como en las poesías líricas, más célebres por sus ideas avanzadas que por su valor literario. Distínguese por ambos títulos la elegía A unas Aves*, cuya historia no han olvidado los que seguían de cerca los planes revolucionarios del general Prim, de quien se hallaba entonces Carlos Rubio en calidad de secretario, compartiendo con él la esperanza del triunfo, las alternativas de la insurrección y las penalidades del destierro.

»Nadie ignora lo que pasó en la intentona de 1866, y cómo desde Inglaterra comenzó Prim á disponer la otra que dos años adelante obtuvo un éxito tan *triste* para España. Pues en estas circunstancias escribía Rubio, que ahora prorrumpe en los dolientes ayes del proscrito, ahora en la dura invectiva del tribuno, siempre desmandado y sin freno. Exclama dirigiéndose á su *admirada Albión*:

Asilo ofreces plácido y seguro
 Al proscrito en tu hogar, donde luciente
 Ve de la libertad el fuego puro.
 Y no se juzga de su patria ausente,
 Porque es la libertad la patria santa
 De todo corazón y toda mente.

» Vuelve los ojos á España y evoca los recuerdos de más felices días y le parece ver ese suelo bendito, cubierto de glorias y tan distante de él por su mala suerte subyugado por un espectro que tiene en su derecha el crucifijo, *puño de una espada enrojecida en noble sangre,*

Y en la izquierda la copa que, labrada
 Por todos los demonios de la orgia,
 De impurezas sin fin está colmada;

dívise el poeta todo esto, y estalla en iracundas maldiciones, comparando las que él juzgaba vilezas del partido imperante con las de Luis XI, Caín y Baltasar.

» La elegía entera es un programa político donde se dibujan los horrores de la tragedia revolucionaria, y de ahí que alcanzase aquélla tanta boga entre los partidos de oposición, corriendo á sombra de tejado y conquistando una importancia que en parte conserva á título de curiosidad histórica.»

Sólo la pasión del sectario puede sostener juicios tan imprudentes. Es falso de todo punto que Carlos Rubio, como poeta que era de singulares méritos, estuviese tocado de hinchazón y fuese propenso á las exageraciones. Grandeza de inspiración y alteza de ideas es lo que admirarán todos los hombres de exquisito gusto en sus composiciones en verso, especialmente cuando agitado por la santa indignación que llenaba su alma, fustigaba con la acerada voz de la verdad las infamias que precedieron á la Revolución de 1868.

La magistral poesía *A unas Aves* es de una belleza extremada. La lira española tributó en ella homenaje á la libertad traicionada y á la verdad perseguida. Escribió el autor sus versos esculturales en Portugal, aunque están fechados (Marzo del 66) en Londres. Habían circulado clandestinamente en España antes de la Revolución.

¡Oh España! ¡Oh dulce España! ¡Oh sol
 [radioso!
 ¡Oh cielo azul! ¡Oh fuentes cristalinas!
 ¡Oh verde campo en flores abundoso!
 ¡Oh montes coronados de ruínas
 Que pueden envidiaros Grecia y Roma!
 ¡Oh canciones del pueblo peregrinas!
 Engalanadas con aquel idioma
 Que como el Tajo aurífero y abundo
 Cual flor de almendro de meliflúo aroma
 Compite siempre con el mar profundo,
 Ya cuando ruje como hambrienta fiera
 Y espanta y mueve y ensordece al mundo,
 Y ya cuando en la alegre primavera

De amor suspira al declinar el día
 Besando cariñoso la ribera!
 ¡Oh humilde albergue en que la infancia
 [mia,
 Junto á mi cuna con amor sentada
 Mi madre el libro santo me leía,
 Y apoyando ambas manos en la espada
 Recordaba mi padre fatigado
 Las mil batallas en que fué mellada!
 Oh solitario bosque perfumado
 Do por mí sorprendido en una siesta
 Huyó amor de sus ninfas rodeado,
 Y una (la más hermosa y la más modesta)
 De azules ojos y de voz suave,
 Huyendo más risueña y menos presta

Entre las manos me dejó aquel ave
En que el poeta sobre el mar mundano
Al firmamento levantarse sabe.

¡Oh templo del saber do quise en vano
Mi alma encender en la sagrada pira
Al escuchar al sacerdote anciano!

.....
Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Qué veneno
El infortunio en mis sentidos vierte
De todo honrado corazón ajeno?

¡Volver á España á presenciar su muerte
Tras su agonía que vergüenza inspira!

Volver á España que reposa inerte,
Yo que llamé á su puerta con mi lira
Y después con el puño de mi acero
Y no he logrado despertar su ira!

¡Nunca! ¡jamás! Recorreré primero
La tierra entera á guisa de mendigo,
Y tumba me dará suelo extranjero!

No quiero ser de su opresión testigo!
Bástame su memoria, que despierta,
Por doquiera que voy viene conmigo.

Con sus lóbregas alas, muda y yerta,
La noche, ave fatídica y gigante,
Cubre una tierra al parecer desierta,

Y en que tan sólo vago y oscilante,
Entre malezas, túmulos y escombros,
Fosfórico fulgor flota un instante.

¿Qué espectro colosal, de cuyos hombros
Pende manchada y rota hoga sangrienta,
Aumenta de este cuadro los asombros?

En su derecha mano macilenta
Un crucifijo, puño de una espada,
En noble sangre enrojecida ostenta,

Y en la izquierda la copa, que labrada
Por todos los demonios de la orgía,
De impurezas sin fin está colmada

Se alza la tierra cual la mar bravía
Rompiendo de las tumbas los secretos
Que abillantado mármol encubría;

Y amenazantes, pálidos, escuetos,
Surgen, á Dios las manos levantando,
Pidiendo *Expiación* los esqueletos.

Mira el espectro al funerario bando
Cual Caín á su víctima inocente,
Del Sumo Juez los pasos escuchando;

De Luis Onceno los temores siente
(Que no le ha de faltar una vileza),
Y sus supersticiones juntamente.

Con hipócritas muestras de flaqueza
Postra en la dura tierra una rodilla
Y besa el crucifijo, y llora y reza.

Y así acallada su conciencia, brilla
La soberbia satánica en sus ojos,
Lanza de sí el terror que le mancilla;

Hiérguese; con desdén y con enojos
De sus miserables víctimas airadas
Contempla frente á frente los despojos;

Alza después al cielo sus miradas,
No ve en ellos las cláusulas divinas
En el festín de Baltasar trazadas,

Y busca nuevamente en las ruinas
Siervos aletargados de quien sorbe
Las gotas de la sangre purpurinas.

¡Tal es la patria que mi amor absorbe!
¡La que pudiera ser, si despertara,
Miedo y amor y admiración del orbe!

¡Oh! Mientras tanto que su suerte avara
No vence con su antigua valentía
Y guerra á sus verdugos no declara;

Aves que váis hacia la patria mía,
Como van mis suspiros doloridos,
Llevadla el beso que mi amor la envía.

Mas no colguéis en ella vuestros nidos
Ni apaguéis vuestra sed en sus corrientes,
Ni os poséis en sus árboles floridos;

Pasad cual sobre lagos pestilentes
Sobre sus pueblos, cárceles medrosas,
Y sobre sus campiñas florecientes;

Y decidía que van por escabrosas
Sendas, solos, sombríos, fatigados,
Sus hijos recordando y sus esposas,

Los hijos de Espartaco, los soldados
Del alma libertad, que son girones
Del invencible lábaro arrancados;

Mas que en sus esforzados corazones
Llevan su patria por la tierra extraña
Hasta las más recónditas regiones.

Y entrar no quieren en la opresa España
Sino agitando su pendón ufano;
Porque el río al cruzar que humilde baña

Los límites del suelo lusitano,
Han jurado á la faz del firmamento
De la espada en la cruz puesta la mano,

Antes morir sin agua ni sustento,
y pasto ser de las salvajes hienas,
Que de nuevo vivir entre cadenas:
Y todos cumplirán su juramento.

Aún más valiente y de vibraciones más hondas y desesperantes es su gran sátira política *A España*, escrita por Carlos Rubio en Bruselas en el mismo año 66, aunque fechada en París el mes de Agosto.

De tu deshonra, España, haces alarde,
Y de la falsa impotencia. ¿Por ventura
Tantos contrarios sobre ti han caído?
¿Desde cuándo los cuenta tu bravura?

¿Quién jamás, sino Dios, quién ha podido
Domar al mar y al pueblo castellano,
Que el gran Napoleón no ha sometido?
No más que con cerrar y abrir la mano

Deshicieras, cual burbuja de espuma,
 De tus señores el poder tirano,
 Que saca de la sangre de tus venas
 El hierro con que forja tus cadenas.
 Huyeron como nubes de verano
 Que impele el huracán, rompe y destroza.
 ¿Y qué fuera un combate, que miraran
 Polonia, Irlanda como juego vano,
 Al pueblo de Numancia y Zaragoza?
 ¡Oh! Cuán dichoso entonces, cuán ufano
 A ti corriera á realizar mi sueño,
 Yo, que he jurado, y que de nuevo juro
 Libertarte ó morir en el empeño!
 Yo, á quien parece oscuro,
 Todo extranjero sol; y ¡ay! vánamente
 Ni en ti, ni en tierra extraña al sol imploro!
 ¿Dónde fuera de ti, sol refulgente
 Los ojos hallarán? Y en tus jardines
 Mi alma no encuentra sol! Los rayos de oro
 ¿Dónde hallaré para alumbrar mi mente
 De la sagrada libertad que adoro?
 Mas no osas combatir; y lentamente
 Las horas pasan y tu infamia anotan;
 Tus señores te explotan
 Y ¡ay de aquel que por ti con ellos lidia,
 Que eres Roma que incienso á sus Nerones!
 Y habiendo sido su terror y envidia
 Eres mofa y vergüenza á las naciones.
 Duerme en tu infamia, pues. Mas no, la esclava
 No reposa, trabaja, y si se duerme
 El látigo del amo la desvela.
 Ya sabes tu tarea, que cual tela
 De la antigua Penélope, no acaba;
 Es preciso llenar de plata y oro
 El moderno tonel de las Donaidés
 Que se apellida *Público Tesoro*;
 Es fuerza que la ténia del Estado,
 Más grande cada día, se alimente.
 Hoy con hambre mayor se ha despertado.
 ¡Dadla más, dadla más!... No es que hoy se intente
 Poblar de nuevas naves
 El mar, que ya en remotas
 Edades vuestro fué... Nos contentamos
 Con recordar nuestras perdidas flotas.
 No es que fundar queremos
 Refugios para el pobre
 (Si acaso acaso *Parques de los ciervos*),
 El pueblo es carne muerta, echadla á cuervos;
 Porque ¿quién intentara al mar salobre
 Cerrar en breve pila?
 Si á todo desvalido se atendiera
 Habría que atender á España entera.
 No es que atisbando, con feroz pupila,
 La yerta y flaca peste cautelosa,
 Cual fiera hambrienta del redil en torno,
 A favor de la fría
 Lobreguez silenciosa
 De la hermana del día,
 Rónde nuestras ciudades; en las playas
 Velan soldados que fusil en mano

(Ingenioso decreto soberano)
 Volver atrás la ordenen,
 Y si su celo y su desnudo es vano,
 Si porque no la ven no la contienen,
 Y entra en la viña y la vendimia empieza...
 ¡Qué tardas sois, palomas,
 Que un tiro asusta y á lejanas lomas
 A esconderos voláis en la aspereza!
 Dardos, ¡qué tardos sois! Exhalaciones,
 Por más que en nuestro escudo haya leones,
 Aprended de la corte ligereza!

El pueblo queda solo, abandonado
 A sus propios recursos: pasa el riesgo
 Y es de nuevo sujeto y ¡calumniado!
 Que el pueblo es un corcel; si de repente
 Una fiera le ataca, huye el magnate
 Que le monta, ¿se salva del combate
 El ginete? Le coge nuevamente
 Y le vuelve á aplicar el acicate.
 No es que se intente honrar la inteligencia,
 Y en nuevos santuarios á la infancia
 Repartir instrucción, que es pan de vida,
 La divina sustancia,
 Dios que es todo verdad!... La de la ciencia
 Es la fruta prohibida
 Donde eleva su trono la violencia,
 Que tiene la ignorancia por egida
 Como el palacio de Luzbel, oscuro,
 La noche eterna por eterno muro.
 No es que á la agricultura desvalida
 Mano amiga se tienda
 Para que pueda alzarse hasta la altura
 A que está la extranjera agricultura.
 No es que con nuevas vías se pretenda
 Desobstruir las venas del comercio,
 La industria cultivar, de los baldíos
 Fecundar la aridez, y más preciosa
 Tornar que el oro la corriente ociosa
 De los hoy turbios é indomados ríos.
 Eso es pan para el pobre; el avariento,
 Ni repara si Lázaro está hambriento,
 Ni mengua su tesoro
 Para dar alimentos delicados
 A la gallina de los huevos de oro.
 A más sublime fin van destinados,
 Pueblos, los sacrificios que os exigen
 Los doctos Palinuros que os dirigen!
 Son para edificar muros al orden,
 É impedir que las olas se desborden
 De la revolución que nos amaga!
 Y en la que, ahogada la familia impia,
 El arca solamente flotaría!

Con el sangriento brazo remangado
 Aquí un verdugo una cabeza enseña
 Al pueblo flaco y róto y espantado;
 Repite el eco allá de peña en peña
 La voz de los cañones que responde
 A los que piden pan; en la llanura
 Resuena la descarga; nubes de humo

Ascienden blancas al nublado cielo,
 Y los hijos de Bravo y de Pádilla
 Yacen sin vida en el sangriento suelo;
 En la desierta orilla
 La tierna virgen, la doliente esposa
 El blanco lienzo agitan, despidiendo
 A la nave que lleva sus amores
 Su escudo y su sostén, como á una tumba,
 A islas remotas que la peste guarda,
 Un ¡ay! de muerte por los aires zumba
 De fétidas prisiones exhalado;
 Como un reptil deslizase callado
 Escuchando en las puertas el espía,
 En la mano el puñal envenenado;
 Encienden en la plaza hoguera impía
 Los que los grillos de Colón quisieran
 Poner al genio de la luz; y abrasan
 Cadáveres y libros; por las calles
 Largas y ricas procesiones pasan;
 Por ciudades, por montes y por valles

El hambre enseña socialismo; muda
 El aula yace y el trabajo muerto;
 Huye el comercio con sus sacos de oro;
 Las estrellas del arte se oscurecen;
 En el campo desierto
 Olvida el labrador la inútil reja,
 Y con su esposa é hijos,
 Pidiendo en vano caridad se aleja...
 Y en tanto, en palaciegos regocijos,
 Entre luces y músicas y flores,
 Caballeros de industria, jugadores,
 Generales con vírgenes espadas,
 Antinoos, Dalilas, Mesalinas,
 Tribuletes, Regatos, Celestinas,
 Con Águedas de Luna y Torquemadas,
 Se embriagan de placer, al pie de un tronco
 Que ocupan, en la orilla del abismo,
 Dos cónyuges... que nunca de mis labios
 Deben tener agravios,
 Ella porque es mujer, y él... por lo mismo!

La virulencia y la pasión que se desbordan en la composición que acabamos de citar, se explica cuando se considera que se escribió en los momentos que se fraguaba la Revolución del 68, en medio del enardecimiento que embargaba todos los espíritus. El estro poético de Carlos Rubio dejó una pintura animadísima con siniestros colores de aquella situación nefasta, provocadora de la Revolución. Sus dotes de buen poeta las conservará siempre entre los hombres de buen gusto, á pesar de las injusticias propaladas por los reaccionarios. Como político podrá censurársele cuanto se quiera; pero como escritor en prosa y verso, representó y vale mucho.

Otro muy notable poeta y escritor injustamente tratado por Blanco García es don José Alcalá Galiano. Ya hubo de notar don Juan Valera lo injusto del procedimiento. Por eso entendió que debía citar á Galiano entre otros, pues estaba persuadido de que era poeta lírico digno de loa y de honrosa mención. «Le maltrata sin piedad (dice) el P. Blanco García, dejándose llevar, á mi ver, de celo religioso y de vehemente espíritu de partido; pero á quien ensalzan otros dos escritores de mayor autoridad y crédito con el gran público: Manuel de la Revilla y Benito Pérez Galdós».

En opinión del sabio crítico, que es la que predomina y la que generalmente siguen los verdaderos amantes de la buena literatura, don José Alcalá Galiano «posee clarísimo entendimiento, delicada sensibilidad y viva fantasía; ha leído mucho y ha estudiado bastante; es notable su aptitud para hablar y escribir varios idiomas, y en francés y en inglés compone versos tan correctos y tan elegantes como en castellano: sus traducciones en nuestra lengua de algunos dramas de Byron, como el *Sardanápalo* y el *Manfredo*, se recomiendan más por la fidelidad que por la belleza de la dicción poética; pero debe valerle como disculpa que en la lengua inglesa, de que traduce, no hay tan marcada distinción como en la nues-

tra entre la prosa y el verso, por donde á menudo el que traduzca tendrá que ser infiel para no parecer prosaico.» Y lo mismo dice en su elogio al hablar de la traducción hecha por Galiano de los *Cantos* de Leopardi, donde persiste la fidelidad sin el defecto del prosaísmo.

Deben, por último, ser muy tenidas en cuenta las siguientes observaciones del señor Valera:

«Las poesías amorosas de Galiano no entran en la cuenta que forma el P. Blanco García antes de emitir su juicio. Y es esto muy de lamentar, porque lo delicado y hermoso de los sentimientos que allí muestra el poeta hubieran cautivado el ánimo del padre, moviéndole á aplaudir en vez de mostrarse severo. *Es curioso fenómeno, aunque frecuente, que se perdona y hasta se aplauda al librepensador, que no es ó que se cree que no es pesimista, sino que espera y confía en la progresiva elevación del humano linaje. Así el P. Blanco García, indulgente para Leopardi, es muy severo para Galiano, reprobándole más por progresista que por incrédulo.*»

Como muestra del vigoroso numen de Galiano, véase estos trozos de su gran poesía científica *El Titán*, que es dechado de hermosura por las formas y el pensamiento:

Oculto entre las olas del hondo mar bullente,
Del caudaloso río, de la sonora fuente,
Del prisionero lago sobre el cristal azul,
Un invisible genio sus formas escondía,
Y sueño de cien siglos su espíritu dormía
Del agua transparente bajo el rizado tul.

Un hombre á los conjuros de la potente llama,
Hervir hace las hondas, el líquido se inflama,
Que aprisionado gime con loca ebullición,
Y el genio que dormía despiértase pujante,
Sacude con esfuerzo sus alas de gigante,
Humilde á la imperiosa genial evocación.

No era la ninfa leve, ni la flotante ondina,
Ni náyade del río rasgando la neblina,
Ni la voraz sirena del proceloso mar.

Era el Titán oculto del líquido palacio,
Que al despertar del sueño voló por el espacio
Dejando leve estela de nubes al flotar.

Era el Vapor, fantasma de blanca vestidura,
Que indómito, rugiente, rompió la ligadura,
Mostrando la pujanza de su incansable hervor;

Era el secreto agente cuyo poder fecundo
Venía á hacer al hombre dominador del mundo,
Y de las fuerzas todas despótico señor.

En la prisión angosta de circular caldera
Ruge el vapor sintiendo de la voraz hoguera
La llama que sus hondas le obliga á dilatar;
La válvula, cerrando su llave, le detiene,
Y el hierro, que oprimidos sus átomos contiene,
Vacila cual si fuesen sus muros á estallar.

Herido por la mano del fuego que le azota,
Retuércese, sus fuerzas desesperado agota,
Y logra al fin los muros de su prisión romper;

Mas al romper su cárcel para buscar el viento,
Engendra inagotable raudal de movimiento
Con el atroz empuje de su brutal poder.

La gran naturaleza se humilla ante su planta,
Sométese la tierra mirando cuál levanta
Las moles que sujetas á su atracción están.

El rompe de la inercia los opresores lazos,
Las fuerzas subyugadas se rinden á sus brazos,
Y sólo de los hombres esclavo es el Titán.

Miradle cuál impele la audaz locomotora,
Que el tiempo y el espacio frenética devora,
Con fuego en las entrañas, con alas en los pies;

Que corre desbocada, que vuela, baja, sube,
Lanzando con su aliento festón de blanca nube,
Penacho que en el cielo se perderá después.

Cruza los anchos ríos, las cumbres de la sierra,
Las fértiles llanuras donde la curva tierra
No estorba de sus pasos el ímpetu veloz.

De látigo le sirve la abrasadora lumbre,
Arrastra de las moles la enorme pesadumbre,
Y el horizonte llena con su potente voz.

Los pueblos y naciones á atravesar se lanza,
No hay vuelo que supere su loca rapidez;

Enlaza en los carriles los pueblos más lejanos,
Abate las fronteras, los hombres hace hermanos,
Y achica del planeta la vasta redondez.

Ved al gigante encima del líquido elemento
Romper las verdes olas, desafiar al viento,
Burlarse de las iras del rápido huracán,

Y dentro de la nave, bajo el timón profundo,
Trazando el derrotero para cruzar el mundo,
Las hélices moviendo del férreo leviatán.

Subido en la columna de la alta chimenea,
La fábrica domina, su pabellón ondea,
Ligero pregonando su triunfo y su poder.

Su colosal martillo sobre el herido yunque,
No hay maza que no aplaste, ni mole que no trunque,
Ni resistencia inerte que no logre vencer.

De las dentadas ruedas moviendo el engranaje,
Les presta su pujanza, su férvido coraje,
Y es del taller el alma y el genio protector;

Gigante que al enano le viene á dar su ayuda,
Redobla sus alientos é infatigable suda
Para evitar que el hombre derrame su sudor.

De las telas él teje las mágicas urdimbres,
Retuerce los metales como ligeros mimbres,
Sierra el robusto tronco del árbol colosal;

Del fondo de las minas hace surgir el oro,
Las barras, en la ceca, convierte en un tesoro,
Simbólicos troqueles grabando en el metal.

Mueve el cilindro sabio de su divina prensa
Que esparce la palabra de cuanto el hombre piensa
De la Zelandia fría al ártico Spizberg;

Y allí, sobre los moldes que el verbo santifica
y entre el vapor que raudo sus copias multiplica
Se abrazan los espíritus de Watt y Guttemberg.

Mortales, que mil templos magníficos alzásteis,
Y allí divinizadas cual genios adorásteis
A las ocultas fuerzas que vida al orbe dan,...

Alzad un templo de oro á la vital potencia
Del genio que del agua la cristalina esencia

Convierte en fuerzas vivas al beso del calor.
 Por él llegarán días en que la especie humana,
 Sin doblegar su cuerpo, del mundo soberana,
 Trabaje sin la frente bañada en el sudor.
 Por él el buey tardío sacudirá su yugo,
 Y el hombre ya, dejando de ser atroz verdugo,
 No rasgará sus carnes con aguijón cruel,
 Ni el látigo punzante, que infama cuando azota,
 Será el motor acerbo con que el vigor se agota,
 Y el poderoso aliento del rápido corcel.
 Él solo devorando los tiempos y distancias
 Disipará en su vuelo las torpes ignorancias,
 Llevando la riqueza, la ciencia y la virtud.
 Por él sobre los mundos habrá una patria sola,
 Pues de la paz bendita los lábaros tremola,
 Y del trabajo mata la dura esclavitud.
 Titán, que con tus alas el universo llenas,
 Y más que Prometeo tú mismo te encadenas
 Para que el hombre alcance gloriosa redención;
 Bendita tu pujanza, que alivio le procura,
 Y hace más leve el yugo de la sentencia dura
 Que doblegó su frente como una maldición.

¡Qué maravilloso tesoro de sublime poesía encierra este prodigio de inspiración, la mejor tal vez de las composiciones en su género que escribió don José Alcalá Galiano, y que quedará como recuerdo glorioso de la literatura española en el siglo XIX!

Creyó Campoamor que era un poeta de su escuela don Manuel de la Revilla. Así lo dió á entender en el prólogo que escribió para las poesías de éste por vez primera colecionadas en 1875. Campoamor padeció en esto un error. Su escepticismo y sus dudas como pensador se reflejan, naturalmente, en sus producciones poéticas; pero de esto á querer que semejen doloras algunas poesías del ilustre escritor, hay distancia enorme.

Aquel espíritu tan culto y tan discreto fué propiamente dicho el poeta de la duda permanente. Toda solución gustaba examinarla en su pro y su contra. No solía trabar los asuntos del modo que acostumbraba á hacerlo Campoamor, con soberana manera de desdén á estilo de aficionado á peculiar forma filosófica. De aquí procede desde luego la equivocación de Campoamor.

Como poeta, fué Revilla más ingenioso que inspirado. Hay muchas composiciones, sin embargo, que merecen elogios por lo galano de la versificación.



Manuel de la Revilla.

La titulada *Mefistófeles* es una de ellas, y debe ser citada.

—¿Quién eres, genio fatal,
Que, matando mi ilusión,
Arrastras mi corazón
A los abismos del mal?
¿Por qué, fraguando mi daño,
Opones con tal cinismo
Al amor el egoísmo,
Al placer el desengaño?
En vano quiero creer,
En vano deseo amar,
En vano intento buscar
La ventura y el placer;
Que si la dicha anhelada
Alcanza mi afán ardiente,
Me hiela el eco estridente
De tu horrible carcajada.
—Yo soy el genio del mal
Y mi esencia es infinita;
Yo soy el sér que limita
La esfera de lo ideal.
Yo soy del temido infierno
El negro monarca infausto;
Yo soy del eterno Fausto
Mefistófeles eterno.
Yo vivo dentro de tí,
De tí recibo mi esencia;

Tú me debes la existencia,
Pues no vivieras sin mí.
Si de tí no fuera en pos,
Aunque saberlo te asombre,
Dejarías de ser hombre
Para llegar á ser Dios.
Por insondable misterio
A que tu razón no alcanza,
Destruir tu bienandanza
Es mi triste ministerio;
Y la eterna oposición
Que halla en mí tu vanidad
Es para tu voluntad
El necesario aguijón.
Conmigo siempre luchando,
Nunca vencer lograrás;
Pero si adelante vas
Irá mi fuerza acabando.
Mi reino hacer más pequeño,
Sin llegarlo á destruir
Serás, si sabes vivir,
De tu razón el empeño.
Pero no sueñes jamás
En acabar con mi sér,
Porque si logras vencer
La existencia perderás.

También es justo recordar por lo significativa la poesía que titula

A LA NATURALEZA

Un tiempo fué que el hombre en su locura
Postrado te adoró,
Y del único Dios la esencia pura
Por tu sombra velada se ocultó.
Más tarde por los hombres maldecida
Cual hija de Satán,
En mirarte humillada y abatida
Cifraron, crueles, su inclemente afán.

Hoy el misterio penetrar intentan
De tu ignorado sér,
Y ni te adoran ciegos, ni te afrentan
Cual te afrentaron bárbaros ayer.
Mas ¡ay! en vano penetrar tu esencia
Intentará su ardor,
Si no encienden la antorcha de la ciencia
En el sagrado fuego del amor.

Revilla fué, sin embargo, antes que poeta, un gran crítico, el primero de España en el último tercio del siglo XIX. Ha dejado un nombre esclarecido, á pesar de haber muerto cuando estaba en la flor de la vida. He de hablar más adelante de este ilustre filósofo y crítico.

Natural de Valladolid, como Zorrilla y Núñez de Arce, fué otro poeta ilustre, quizá el que con mayor felicidad compite con los dos maestros en los aciertos de una ardiente inspiración y de una pureza clásica inimitable en la forma. Don Emilio Ferrari se dió á notar como vate de grandes alientos desde su primera juventud, siendo celebradas con razón sus poesías á Cervantes.

Cuando leyó en el Ateneo de Madrid, en 1884, su poema *Pedro Abelardo*, fué saludado con efusión cariñosísima. Fué aquél un homenaje de admiración al pri-

mero de los discípulos de Núñez de Arce. Si estaba identificado con él en su alto espíritu de justicia, como había expresado elocuentemente, comentando palabras del mismo egregio poeta, no le iba en zaga tampoco en ímpetu, esplendidez y precisión para hermopear y cincelar las estrofas. Aun un crítico descontentadizo ha dicho que hay que reconocer en Ferrari «imaginación tropical y brillantísima, dotes de versificador estupendo, en que sólo cede á Núñez de Arce, y gusto y manos de verdadero artista, dando á la estrofa el relieve y pulimento de una escultura de alabastro.»

¡Qué majestuosos versos los que componen su fragmento *La Arenga de Hipatia!*:

¡Oh Grecia, musa eterna, Sibila de la Historia,
Cuyos cabellos cuerdas de nuestras liras son!
¿Quién puede tu recuerdo borrar de la memoria,
Ni al culto de tu nombre cerrar el corazón?

Tus golfos se recortan en frescas ensenadas;
Tus bosques ensombrece, pomposo, el abedul;
Las islas te circundan cual perlas desgranadas
De tu collar ó cisnes en el remanso azul.

Tú diste á todo un alma. Por ti su imperio ejercen
La fiera de los bosques y el águila veloz;
Las ramas, como brazos, lascivas se retuercen,
El eco habla en las grutas del viento con la voz;

En ti las espesuras detrás de cada fronda
Descubren un silvano dormido en el marjal.
Y en tus corrientes aguas es cada móvil onda
El pecho de una ninfa que habita su cristal.

¡Salud, Hélada madre! De Jonia y de Corinto
Besada por los mares que arrullante á la vez,
Tu suelo fué tallado como un inmenso plinto
Donde la forma alzara su augusta desnudez.

Tus tiempos ignoraron el mal y la tristeza;
Para tus hijos, ébrios de juventud sin fin,
La vida era un tributo rendido á la belleza,
La muerte un dulce sueño por término á un festín.

Entre tus puras manos la lira que ondulante
Sus ricas inflexiones doquiera desplegó,
Fué verbo del granito, fué ritmo palpitante,
Del himno que á los cielos la piedra levantó.

En cada huella tuya trazada sobre el barro
El molde de una Venus *dejastes* al pasar;
Las chispas que encendieron las ruedas de tu carro,
Constelación de estrellas subieron á formar.

Cada composición de Ferrari es un raudal de riquísima poesía, que seduce el espíritu y redobla la admiración. Esto sucede con su bello poema sobre el casamiento de los Reyes Católicos: esto en su gran poesía simbólica *Aspiración*, donde el vate ofrece con majestad estética

¡La imagen del ansia que llena la vida
Por íntima fuerza también sacudida,
También encerrada por linde fatal!
¿Quién, triste ó dichoso, ya en lucha, ya en calma,
No tiene un impulso del mar en su alma,
Y arriba, en los cielos, un astro idéal?

Idénticamente pasa con sus *Poemas vulgares*, con sus poesías á Cervantes, á la batalla de Lepanto, con todas las producciones de su afamada lira, glorias de la buena lírica castellana.

Ferrari, nombrado académico de la Española desde hacía muchísimos años, se decidió á tomar posesión, con regocijo de sus admiradores, en 1905.



Emilio Ferrari.

Su quebrantada salud ocasionó, desgraciadamente, su muerte en Noviembre de 1907.

Por aquel tiempo falleció también otro de los poetas que admiraron á Núñez de Arce, de quien fué muy estimado. Había nacido en Puente Genil y allí mismo murió, dejando muy celebrado nombre como poeta. Al citar Valera, en 1901, á los vates contemporáneos que vivían, nombró á don Manuel Reina por estas palabras: «ingenioso autor de *Vida inquieta*, *Poemas paganos*, *El jardín de los poetas* y algunas otras colecciones de versos, dignos todos de muy cumplidas alabanzas y de más detenido examen del que podemos ahora dedicarles». Don Juan

Valera no pudo cumplir sus propósitos, pues murió en 1905.

Don Manuel Reina era poeta de la escuela sevillana, y de su espléndida forma artística, ya hemos presentado alguna muestra.

Vamos á citar ahora tres sonetos. Descolló mucho en este género de composiciones.

LA PERLA

Contemplaban tus ojos centellantes
La palma de cristal, la linfa pura
Del surtidor que vierte en la espesura
Su polvo de zafros y diamantes;
Cuando enferma, con pasos vacilantes
Se acercó una mujer toda tristura,
Y te pidió limosna con dulzura,
Fijando en ti miradas suplicantes.
La perla que en tu mano refulgía
Diste á aquella mujer pobre y doliente,
Que se alejó llorando de alegría.

Yo entonces, conmovido y reverente,
No te besé en los labios, cual solía,
¡Sino en la noble y luminosa frente!

LA ETERNA MASCARADA

¡Todo es disfraz! Bajo una frente hermosa
Descubro un pensamiento pervertido:

Allá contemplo un sér empedernido
Con tristes ojos y la faz llorosa.

Aquí la corrupción con faz de diosa;
Y allá, en risueño y apartado nido
De amores, el rencor vela escondido,
Cual vibora en el cáliz de una rosa.

¡Todo es disfraz! Con cara placentera
Y en el labio la alegre carcajada
La horrorosa perfidia nos espera.

¡Tuvo siempre el cobarde audaz mirada!
¡Piel sedosa y brillante la pantera!
¡Y resplandores la traidora espada!

LA POESÍA

Como el raudal que corre en la pradera
Copia en su espejo pájaros y flores,
La alada mariposa de colores,
El verde arbusto y la radiante esfera,
La sublime poesía reverbera
Combates, glorias, risas y dolores,

Odio y amor, tinieblas y esplendores,
El cielo, el campo, el mar... ¡la vida entera!
¡Así Homero es la lid; Virgilio, el día;
Esquilo, la tormenta bramadora;

Anacreonte, el vino y la alegría;
Dante, la noche con su negro arcano;
Calderón, el honor; Milton la aurora;
Shakespeare, el triste corazón humano!

No hemos de terminar este capítulo sin dedicar algunos párrafos á los autores que han dejado notables poesías como imitadores de Heine desde que fué conocido perfectamente en España, por las traducciones de Eulogio Florentino Sanz, su original modo de versificación, que tanto parecido tiene con las poesías de Bécquer, aunque críticos tan renombrados como Valera opinan de distinto modo. «Muchas personas (dice) han creído y sostenido que Bécquer imita á Heine. Otros aseguran que jamás le había leído, pero esto es falso. Bécquer conoció y leyó á Heine, pero si en algo le imitó, fué en escribir composiciones muy cortas como los *Lieder*, aunque rara vez coinciden, ni en el sentir ni en el pensar, los *Lieder* y las *Rimas*.»

Indica también que el talento de Heine era más extenso, y quizá más complicado y más hondo, y el de Bécquer más influido por el amor y la fe, y mucho más simpático, por su sencillez, generosidad y nobleza.

El primer imitador de la manera poética de Heine fué su traductor en castellano, don Eulogio Florentino Sanz. Nada tan elocuente para persuadirlo como esta sentidísima poesía que respira tierna languidez, dirigida á la idolatrada de su corazón:

Si entre despierta y dormida,
Lánguida en tu dormitorio
Percibieres tu nombre en las auras,
¡Soy yo que te nombro!
Si de amor dulces quimeras
Llaman de tu almohada en torno,
Y responde á tu voz un suspiro,
¡Soy yo que respondo!

Si en sueños tu frente orea
Tibio de un cabello el soplo,
Que ni turba siquiera tu sueño,
¡Soy yo que te toco!
Mas si con otro soñando
(Libreme Dios) un sollozo
Rompe acaso tu pérfido sueño,
¡Soy yo... que me ahogo!

Don Mariano Gil y Sanz publicó, en 1867, diez años después de ser conocidas de don Eulogio Florentino, una nueva versión de algunas obras de Heine. El pensamiento fiel del poeta está algo alterado por una traducción parafrástica, que no está hecha de los mismos textos alemanes, sino de una francesa, ya algo exagerada.

Mayor aprecio mereció de las personas ilustradas la traducción de los *poemas líricos* de Enrique Heine, que publicó en Madrid, el año de 1873, don Manuel Fernández y González, autor de un tomito de poesías estimables que tituló *La lira del Guadalete* (fué natural de Jerez de la Frontera (Cádiz), donde estuvo al frente del diario decano de aquella población). Trasladó desde el año 69 su residencia á Madrid, ingresando en la redacción de *El Imparcial* hasta su muerte, que ocurrió después de 1880.

Otra notable traducción de poesías de Heine llevó á efecto el señor don José J. Herrero; fué publicada en Madrid el año de 1883. Mereció elogios del señor Menéndez y Pelayo. El traductor se atiene al texto original, y se reputa como la más fiel de las versiones hechas en lengua castellana.

Dos escritores tradujeron también poesías del vate alemán. En 1872 *poesías líricas alemanas*, cantares escogidos de Heine, por Jaime Clark; y en 1877, el *Intermezzo*, por don Angel Rodríguez Chaves.

Se considera como una de las más artísticas traducciones la efectuada por don Teodoro Llorente; y de la versión de algunas composiciones, realizadas por doña Emilia Pardo de Bazán, ha dicho el P. Blanco García, que ha acertado á darles «el valor de miniaturas restauradas».

Los melancólicos cantares de Augusto Ferrán, calcados sobre el modo peculiar de Heine, son todos inimitables.

Recordemos algunos:

Los mundos que me rodean
Son los que menos me extrañan:
El que me tiene asombrado
Es el mundo de mi alma.

Pasé por un bosque y dije:
«Aquí está la soledad,»
Y el eco me respondió
Con voz muy ronca: «aquí está.»
Y sentí como un temblor,
Al ver que la voz salía
De mi propio corazón.

La muerte ya no me espanta;
Tendría más que temer
Si en el cielo me dijeran:
Has de volver á nacer.

Mirando al cielo juraste
No me engañarías nunca,
Y desde entonces el cielo
Sólo con verte se nubla.

Las pestañas de tus ojos
Son más negras que la mora,
Y entre pestaña y pestaña
Una estrellita se asoma.



Angel Rodríguez Chaves.

Sé que me vas á matar
En vez de darme la vida;
El morir nada me importa,
Pues te dejo el alma mía.

En lo profundo del mar
Hay un castillo encantado,
En el que no entran mujeres,
Para que dure el encanto.

Morir contentos, vosotros
Que tenéis por compañeras
Dos madres que os acarician:
La Humildad y la Pobreza.

Hablando Bécquer de las poesías de su predilecto amigo Ferrán, ha dicho: «Sus cantares, ora brillantes y graciosos, ora sentidos y profundos, ya se traducen por medio de un rasgo apasionado y valiente, ya merced á una nota melancólica y vaga, siempre vienen á herir alguna de las fibras del corazón del poeta.

En ellos hay un grito para cada dolor, una sonrisa para cada esperanza, una lágrima para cada desengaño, un suspiro para cada recuerdo».

Al hablar del ingenioso don Angel M.^a Dacarrete, ya hicimos notar que había

imitado la versificación de Bécquer, hasta el punto de ser un prodigio de perfección su delicada poesía que empieza:

Dime, ¿cuál melancólico lucero,
Brillando sólo al despuntar el alba
Vierte una luz como la luz suave
De tu mirada?...

Donde es imposible negar rasgos de la inspiración al modo de Heine y de Bécquer.

No puede negar tampoco filiación ó parecido con este linaje de versos á los cantares, tan sencillos y especiales, publicados por el discreto don Melchor de Palau, que si no es propiamente un imitador de Heine, es algo más estimable y raro, en opinión de un crítico; esto es, un hombre erudito que supo revestirse de la impersonalidad característica de los primitivos bardos populares, y que ha hecho llegar sus rimas, «no sólo á los oídos de los literatos, ya españoles, ya extranjeros, sino á las clases más humildes de la sociedad, entre las cuales corren de boca en boca como si fuesen producto de generación espontánea».

En las rosas de tu cara
Un beso acaban de dar;
Rosas que picó un gusano
Presto se deshojarán.

—
¡Que no lllore! ¿Qué me importa
Lágrima menos ó más?
¿Qué importa que llueva ó no
Sobre las olas del mar?

¡Qué bonito es tu semblante
Por el llanto humedecido!
¡Qué bonitas son las flores
Salpicadas de rocío!

—
Gotas parecen mis lágrimas,
Gotitas de agua de mar
En lo amargas, en lo muchas,
Y en que al cabo me ahogarán.

También deben ser recordados como admiradores ó imitadores de Heine ó de Bécquer don José Puig y Pérez, don Narciso Campillo, don Ramón Rodríguez Correa, don Ernesto García Ladevese, el poeta gallego don L. Sipos, don Benito Mas y Prat, don Ricardo Sepúlveda y otros muchos, cuyos nombres sentimos no recordar en estos momentos.

De las imitaciones de los dos ilustres poetas se ha llegado á abusar tanto, que han tronado contra ellas lo mismo Valera que Núñez de Arce.